

de cañon, disparado de las murallas de Satalia en el cerco que la puso, y su hijo mayor el príncipe Ibrahim se llevó el cuerpo de su padre á Caramania para darle sepultura con sus abuelos.

Otros dos hijos de aquel príncipe, vencidos y hechos prisioneros bajo las murallas de la ciudad sitiada, fueron conducidos á Andrinópolis, y el sultan Amurat tratádoles como aliados y no como enemigos, dió á cada uno de ellos la mano de una de sus hermanas y concedió á Ibrahim-Bey, el primogénito, la herencia del principado paterno de Caramania.

XXXV

Sin embargo, los generales del sultan en Asia no imitaban la generosidad ni la buena fe del soberano. Corrompidos por su trato con los tráfugas griegos, que les enseñaban la perfidia como un arte de buena política, y conservando la ferocidad nativa de los tártaros, no economizaban la astucia ni la sangre para subyugar á los pueblos rebeldes á su gobierno.

Muchas de esas infamias públicas consternaron

por aquel tiempo la baja Armenia, sometida ya al yugo de los sultanes. Yurkedj-bajá, que gobernaba por Amurat esa provincia, no habiendo podido reducir por medio de las armas á los cuatro hermanos turcomanos, gefes de tribu que assolaban los campos de Tokat y de Kars, que robaban las mujeres y los rebaños, é incendiaban las tiendas de los turcos, les envió su propio hijo á proponerles una entrevista de pacificacion, lisonjeádoles con la esperanza de que podría concederles un principado hereditario en aquellas montañas. Los bárbaros se dejaron convencer por la presencia del hijo de su enemigo, que se entregaba de aquel modo en rehenes entre sus manos, y por los regalos de Yurkedj-bajá. Cuando llegaron al sitio designado para la entrevista con quinientos ginetes de sus tribus, se hallaron, en vez de Yurkedj-bajá con un mensaje suyo, en que pretestaba una enfermedad para disculpar su ausencia, y en que les suplicaba que llegaran á Amasia donde les esperaban la buena acogida y la inviolabilidad inherentes á su calidad de negociadores. Sin la menor desconfianza siguieron al hijo del bajá.

Yurkedj-bajá los recibió como á huéspedes sagrados, les dió habitacion en su propio palacio, y se sentó con ellos á un largo festin donde les embriagó de confianza, de vino y de sueño. Pero un despertar



horrible los esperaba. En cuanto el alba disipó el entorpecimiento de la embriaguez y del sueño, los verdugos, apostados por Yurkedj-bajá, cayeron sobre los quinientos que estaban separados en varios salones del palacio de Amasia, los desarmaron, los ataron y los sumerjieron en una antigua cisterna bajo las murallas, que el bajá mandó cegar sobre sus cabezas, despues de haber hecho encender una hoguera ante el único traga-luz que quedaba abierto, cuyo humo sofocó á los quinientos desgraciados. Miéntras duró su lenta agonía cuyos sordos gemidos oía bajo sus piés el pueblo de Amasia, á través de la tierra, el bajá montó á caballo, se precipitó á la cabeza de sus tropas sobre sus tribus sin defensa, y las exterminó hasta la última criatura. Cuando volvió á la ciudad de Amasia, siete días despues del suplicio, una pobre madre se arrojó á sus piés, le probó que equivocadamente habian atado y encerrado á su hijo inocente, nacido de otra raza, en la tumba de los bárbaros, y le suplicó que mandara abrir por ella este sepulcro para ver si su hijo vivia todavía, ó cuando no para poder enterrarle con sus padres en medio de los justos de su tribu.

Enternecido Yurkedj-bajá mandó abrir el subterráneo, solo para aquella mujer, que en efecto penetró en él, y buscando lentamente el cuerpo de su

hijo entre aquellos montones de cadáveres, tuvo la suerte de encontrarle, y de encontrarle vivo todavía; estaba desmayado, pero el aire y la luz le devolvieron el sentimiento. El sepulcro, testigo de aquella lenta agonía, volvió á cerrarse para los otros.

Las guerras de Italia en Maquiavelo no revelan mas perfidias, astucias y ferocidades cuando los Borgias, que las que desplegaron los turcos de Kurkedj-bajá para conquistar ó sorprender los castillos y los principados de la Armenia.

## XXVI

El príncipe de Kermian, igual en poderío á los príncipes de Caramania, convencido de que solo legaria guerras y males sin cuento á sus pueblos disputando un resto de independencía á los turcos, marchó en persona á Andrinópolis con su familia, donde fué recibido como soberano, y legó al sultan su principado. Todo se pacificaba sobre el Mediterraneo, gracias á los capitanes de Amurat, y solo las márgenes del Danubio se agitaban y querian negociaciones ó batallas.



Un insulto de los húngaros á una ciudad cedida por el rey de los servios á los otomanos, hizo estallar la primera guerra entre Sigismundo rey de Hungría y Amurat. Los húngaros que habian atravesado el Danubio, fueron precipitados en sus ondas por los turcos, y el rey Sigismundo que se vió casi alcanzado en la derrota por los spahis de Amurat, debió su salvacion al generoso sacrificio de un hermano de armas, Zavissa de Garbow que, revistiéndose con las insignias de la majestad y volviendo su caballo hácia los vencedores, paralizó el ardor de su persecucion haciéndose inmolar por su rey y amigo.

## XXVII

Restablecida la paz momentáneamente por esta victoria sobre el Danubio, Amurat II llevó en persona su ejército de Europa hácia Salónica, mandando á su capitán en Asia, Hamza, el vencedor de Djunevd, que llevara tambien contra aquella capital al ejército de Brusa. La córte de Bizancio reclamó en favor de Salónica los tratados en cuya virtud le respondia Amurat de sus territorios y sus pueblos, pero Amu-

rat contestó con fundamento á los enviados de Juan Paleólogo, entónces emperador de Constantinopla, que Salónica « habia dejado de ser una capital griega, puesto que Juan Paleólogo la habia entregado á los venecianos, á la sazón enemigos de los otomanos, y que no respetaria los tratados concluidos con los griegos, sino allí donde encontrara griegos que ellos mismos tambien los respetaran.»

Detenido algunos dias en Seres, camino de Salónica, para esperar á Hamza con el ejército de Asia, Amurat II hubo de olvidarlo todo en las delicias de su haren, único vicio de su juventud, y solo marchó detrás de sus ejércitos, cuando Hamza, su general, dió ya tantos ataques á Salónica con tantos combatientes, que únicamente las murallas de la plaza podian cubrir á los venecianos y á los griegos contra aquella inundacion de asiáticos y de europeos. La mirada de Amurat infundió nuevos ánimos á los soldados, y se decidió el asalto para el 28 de febrero. Amurat prometió de antemano el saqueo á todos sus soldados; y los habitantes de Salónica que oyeron temblando á los heraldos turcos consagrar sus riquezas, sus familias, su libertad y sus vidas á los bárbaros, en vez de correr á las armas corrieron á las iglesias. Las reliquias de San Demetrio, patron de los griegos supersticiosos, de donde manaba, segun



ellos decían, un aceite milagroso, les parecieron el único recurso que tenían para salvarse. Los venecianos muy poco numerosos para poder cubrir solos las inmensas murallas de la ciudad, se multiplicaron en las almenas y en las torres; pero las nubes de dardos que oscurecían el aire sobre sus cabezas, permitían á los otomanos el bajar á los fosos para aplicar á los muros sus escalas. Amurat á caballo en la primera fila de sus genizaros, recorría el recinto exterior dirigiendo la operación de las escalas con su voz y sus ademanes. En vano las piedras que arrojaban los sitiados desde lo alto de las almenas mataban á los agresores entre sus escalas, pues al punto los reemplazaban otros que subiendo sobre los cuerpos de sus compañeros se agarraban á las almenas con unas manos fuertes como garfios de hierro. Los venecianos no podían cortar todas las manos que se elevaban hácia las brechas; un soldado turco que por fin logró llegar á lo alto de una de las torres defendida por un solo veneciano en medio de veinte cadáveres, lucha cuerpo á cuerpo con este héroe sobre la plataforma, á la vista de los dos ejércitos, le vence, le corta la cabeza y se la arroja á la ciudad á los griegos consternados.

Los griegos, al ver esto se figuran que los turcos tomaron las murallas y bajan y siembran en la ciu-

dad la noticia y la desesperación de su derrota. Hasta los venecianos abandonan la ciudad cobarde, se replegan en el puerto, prohibiendo á los habitantes que se acerquen, se lanzan unos en barcas y otros á nado hácia sus galeras que los salvan, y de lejos volando por el golfo oyen el grito prolongado de la capital entregada al degüello.

« El saqueo y la carnicería, cuenta el griego Anagnosta, testigo de los horrores de aquella noche  
« siniestra, sobrepujaron la esperanza de los turcos  
« y el terror de los griegos. Ninguna casa escapó al  
« cuchillo, á las cadenas, á las llamas, á los ultrajes  
« de los asiáticos encarnizados en su presa. A la caída de la tarde, cada soldado empujaba delante de  
« sí, como si se tratara de un rebaño, por en medio  
« de las calles de Salónica, aquellas bandas de mujeres, de niñas, de criaturas, de anacoretas, de monjes griegos y de frailes de todos los monasterios;  
« los sacerdotes eran encadenados con las vírgenes,  
« los niños con los viejos, las madres con los hijos,  
« para que formaran un contraste irrisorio, que añadia una ironía bárbara, á la desnudez y á la muerte misma.

« Las iglesias, donde los habitantes habían acumulado sus tesoros fueron invadidas, y sus altares, desquiciados del suelo, rodaron en polvo sobre las bó-



« vedas de las tumbas abiertas para sacar de ellas  
 « el oro que contenian. Los cuadros sagrados, amon-  
 « tonados en hogueras inmensas en las naves, fue-  
 « ron quemados; san Demetrio, el patron de los  
 « griegos fué arrancado de su sepultura, y sus restos,  
 « hechos añicos, se precipitaron en las llamas. El  
 « pòzo de aceite sagrado que los sacerdotes griegos  
 « hacian manar de su cuerpo, fué descerrajado, va-  
 « ciado y profanado por los musulmanes enemigos  
 « de aquellas credulidades. »

Pero el contagio de esta supersticion monacal cun-  
 dió hasta en los espíritus de los aldeanos supersti-  
 ciosos del Asia, que atribuyeron despues á este aceite  
 una virtud curativa que habian quitado á sus ene-  
 migos.

Además de los millares de cadáveres esparcidos en  
 las casas, en los templos y en las calles, veinte mil  
 esclavos salieron de las puertas de Salónica para ir  
 á llorar su libertad, su honra, su castidad, en el cam-  
 pamento de sus vencedores.

Amurat II, que era mas voluptuoso que cruel, sin-  
 tiendo mucho la palabra que habia dado á sus sol-  
 dados, se alejó de la ciudad durante aquellos horrores,  
 para no oír el grito de aquel pueblo sacrificado á una  
 implacable venganza, y mandó levantar su tienda en  
 las orillas verdes y floridas del Gallicus, rio de riego

que serpentea bajando de las montañas por entre las  
 huertas de Salónica. Pero aun allí le persiguieron el  
 horror y el remordimiento de aquella ruina, con los  
 gemidos de las familias arrastradas en cautiverio, y  
 no pudiendo ya resistir al espectáculo de aquella ago-  
 nía de un pueblo inocente, mandó suspender el sa-  
 queo de la ciudad, prohibió que se matara á un solo  
 cautivo, devolvió la libertad á todos aquellos que, se-  
 gun las leyes de la guerra, le pertenecian personal-  
 mente, reservándose al propio tiempo por su parte  
 de conquista todos los monumentos y edificios de Sa-  
 lónica, que el furor del asalto respetaba; restituyó á  
 los habitantes que se rescataron en número crecido  
 las casas y propiedades de que disfrutaban ántes de  
 la guerra contra los venecianos, y por último, con  
 ánimo de que se volviera á poblar aquella magnífica  
 capital medio vacía, envió á ella los habitantes de al-  
 gunas poblaciones griegas de las cercanías, del in-  
 terior de las tierras, que, sin resistencia, se habian  
 sometido á su ejército.

Las consecuencias de la conquista de Salónica se  
 limitaron á la traslacion de algunos hermosos már-  
 moles antiguos y bajos relieves que adornaban sus  
 templos á la ciudad de Andrinópolis, para adornar  
 con ellos los puertos y los baños que Amurat II cons-  
 truia con los restos de la Grecia, y á la transforma-



cion de los inmensos conventos de monjes griegos y frailes, en posadas donde se daba una hospitalidad vulgar á los viajeros. Las iglesias fueron restituidas á los cristianos, excepto aquellas que los otomanos cambiaron en mezquitas, para la celebracion de su culto. Ninguno de ellos se vió obligado á renegar su fe para salvarse. El islamismo se propagaba por medio de las armas en Europa y en Asia, pero dejaba en libertad los demas cultos, pues el Coran y la política aunque ordenaban el mayor celo, no autorizaban las persecuciones.

### XXVIII

De este modo cambió para mucho tiempo de amo Salónica, esa llave de la mar, de la Tesalia y de la Grecia, era rival de Esmirna y de Constantinopla, esa colonia de la Macedonia, á la que dió su nombre Tesalónica, la hermana de Alejandro el Grande. Los romanos, despues de Alejandro, conocieron la importancia de una capital marítima construida en el fondo del último golfo del Mediterráneo, que sirviera de puerto á sus buques, y de nudo á sus ejércitos de tierra

entre Bizancio y Atenas, entre el Oriente y el Occidente. Los emperadores, queriendo inmortalizar su nombre con grandes monumentos, la embellecieron con arcos de triunfo y pórticos corintios que en sus plataformas ostentaban las obras maestras de la escultura del Atico. Constantino, cuando abrazó la religion de los cristianos, mutiló, pero no destruyó enteramente aquellas obras del arte antiguo, y aun en el dia pueden admirarse los fragmentos osarios de mármol de tres cultos caidos y hundidos en el polvo los unos por los otros.

El emperador Teodosio, por una venganza digna de los bárbaros, proponiéndose castigar una emoció del pueblo de Salónica en favor de un cochero del circo, convidó á los habitantes á que pasaran al teatro de la sedició, bajo el pretexto de una diversion pública, y mandó degollar por sus soldados á doce mil espectadores, sin distincion de sexo ni de edades. Los normandos por su parte la profanaron, ensangrentaron é incendiaron en sus conquistas, con saqueos, violaciones y degüellos que igualaron los crímenes de Teodosio, y por último Amurat II y los venecianos acababan de trastornarla hasta en sus cimientos disputándosela.

La fuerza, la conveniencia, y las delicias de su situacion retuvieron en ella, ó llamaron en breve den-



tro de sus muros, á una poblacion de ciento cincuenta mil habitantes: griegos, epirotas, judíos y otomanos ejercian allí en paz, gracias á la tolerancia de los sultanes, su culto, sus costumbres, su comercio y su agricultura. Salónica se eleva todavía en nuestros dias, extendiendo sus dos brazos en torno de su puerto, como para abrazar la mar á que debe su riqueza, sentada sobre las colinas, resguardada contra las montañas sombrías de la Tesalia, rodeada de sus cipreses que parecen estar llorando tantas generaciones sobre sus tumbas, y dominada por su ciudadela de siete torres desmanteladas, señal de ruina y no de fuerza, donde los griegos, los romanos, los árabes, los normandos, los bizantinos, los macedonios y los turcos, se vencieron y se arrojaron alternativamente de sus triacheras, perdiendo ó conquistando aquella reina esclava del golfo mas hermoso del Mediterráneo.

Despues de la conquista de Amurat, Salónica se hizo rival de Brusa y de Andrinópolis, y el gran punto de reunion de los turcos para su invasion definitiva de la Grecia, del Peloponeso, y de las márgenes envidiadas del Adriático.

## XXIX

Separadas ya estas provincias del imperio bizantino por la reparticion que hizo de ellas el emperador Manuel entre sus siete hijos, y por las conquistas de los ragusinos, los venecianos y los genoveses que erigieron en ellas grandes feudos, no podian permitir una resistencia compacta á las armas de los dominadores de Salónica. Las grandes islas de Negroponte y de Candia, dependian de los venecianos; las islas encantadas de Quio y de Lesbos, de los genoveses, y Atenas, Tebas, la Fócida, la Acarnania, el Epiro y la Etolia, de los hijos de un aventurero siciliano que se disputaban con las armas sus herencias, y llamaban alternativamente á los turcos como árbitros de sus disentimientos.

La ciudad de Cartago, edificada como la de Cachimira á orillas de su lago, en un sitio fértil é inaccesible de la Albania, se habia ofrecido y entregado voluntariamente al sultan Amurat para sustraerse á los continuos trastornos de las provincias, y á aquellas vicisitudes de dominacion, pues era demasiado débil



para defenderse. Amurat en conformidad al tratado que concluyó con los habitantes de aquella ciudad opulenta, mandó allí á algunos hijos de las principales familias de Andrinópolis para que ejercieran el gobierno en su nombre, y para que hicieran respetar á los ambiciosos vecinos de Janina la inviolabilidad de una posesion turca. La hermosura de las hijas cristianas del Epiro sedujo á los jóvenes capitanes de Amurat, que pidieron las vírgenes por esposas á las familias de Janina; mas como la diferencia de religion sirvió de pretexto á los epirotas para negarles su demanda, los jóvenes guerreros se apostaron un domingo en las puertas de la catedral, y empleando una violencia concertada de antemano, robaron diez y ocho hermosas albanesas de entre los brazos de sus madres. No corrió sangre en este rapto, pero los padres consintieron en dejar á sus hijas en poder de sus robadores, y de aquí la multiplicacion en Albania de las familias medio turcas y medio cristianas, que al paso que confundieron ambas razas, confundieron muchas veces tambien ambas religiones.

## XXX

Una epidemia y un terremoto suspendieron en los primeros meses del año 4430 la invasion definitiva de Amurat en la Grecia. El azote arrebató tres hermanos de Amurat que vivian encerrados en el palacio de Andrinópolis, y á su diestro visir Ibrahim Tschendereli, hijo, nieto y padre de vireyes del mismo nombre, que todos dejaron una buena memoria en la fiel administracion del imperio. Ibrahim Tschendereli, retirado ya voluntariamente de su empleo, y colmado de respetos por Amurat, designó por su sucesor á su hijo Khalil-baja, educado, y enseñado por él, en la práctica de los grandes negocios. Amurat lloró á su visir como hubiera podido llorar á un padre. Su gusto por el ocio, por la meditacion y las voluptuosidades del haren que le dominaba cuantas veces la necesidad no venia á turbar sus placeres, le hizo poner en manos de su nuevo gran visir Khalil-Tschendereli la política casi hereditaria del divan. Así Luis XIV en Francia, y aun los reyes y los parlamentos en Inglaterra transmitieron el ministerio



de padre en hijo en las familias de los Louvois, los Colbert y los Pitt, en las que el espíritu de gobierno se había vuelto como una tradición doméstica.

## XXXI

Pero las agitaciones del Danubio en Europa y de la Caramania en Asia, no dejaron un largo descanso al sultan Amurat ni á su ministro. Brankowich, el déspota de Transilvania, amenazó sus fronteras, y amenazado luego á su vez por los venecianos y los alemanes, imploró la paz y la alianza de Amurat II. Su hija Mara, niña todavía, fué enviada por Brankovich al sultan, desposada con Amurat, y educada con los mayores respetos en el serrallo hasta la edad nubil. Su hermosura precoz que en breve debía agitar el imperio, obligó á esperar con impaciencia al sultan Amurat la hora de proclamarla su segunda esposa.

Una causa insignificante entre nosotros, pero muy grave en los pueblos ecuestres y pastores, promovió la guerra de Caramania entre dos príncipes turcomanos.

Uno de ellos, Ibrahim-Bey de Koniah, á quien el sultan había dado su hermana mas querida en matrimonio, como hemos dicho ya, arrebató al otro un caballo de una fama heróica entre aquellas tribus, empleando para esto una astucia desleal; y como negara obstinadamente á su hermano político el devolver el caballo á su dueño, el sultan marchó en persona de Europa al Asia para hacer justicia al príncipe ofendido. Ibrahim-Bey, vencido en Koniah y despojado de sus Estados, envió su mujer á Amurat para entregar el caballo é implorar su gracia, y Amurat que no sabia negar ninguna cosa á las lágrimas de las mujeres, devolvió por un caballo el principado de Caramaniá.

Durante esta corta guerra, Sigismundo, rey de Hungría, provocó de nuevo á los otomanos sobre el Danubio, y Amurat II mandó pasar el rio á su general Ali, hijo de Evrenos, formado en la guerra al lado de su padre, como su visir Khalil se había formado en la política al lado de Ibrahim-Tschendereli. Ali-Evrenos inundó la Transilvania, desembocando como un torrente por las *Puertas de Hierro* con cincuenta mil otomanos. Setenta mil prisioneros que condenó á la servidumbre y una innumerable cantidad de rebaños, fueron la indemnizacion de aquella campaña que Amurat no había principiado. Un jóven estu-



diante alemán que se hallaba entre los cautivos fué condenado por la suerte á pasar veinte años de esclavitud en las tiendas y en los palacios de los sultanes, para que fuera luego á contar en su patria la historia de las costumbres y de los acontecimientos de aquella corte.

## XXXII

El padre-político del sultan, padre de la jóven Mara, que habia vuelto á tomar las armas contra Amurat II durante la expedición de Hungría, fué sitiado y cogido en Semendria por Evrenos, y le condenaron á perder los ojos, y á vivir encerrado hasta su muerte en la cárcel de Tokat, en lo mas recóndito de la Cilicia. Dos hijos de Timurtasch, jefes hereditarios, como Evrenos, de los ejércitos del sultan, destrozaron de nuevo las llanuras de la Hungría y se llevaron á Nicópolis tan gran cantidad de esclavos, que una de las vírgenes húngaras mas hermosas que se expusieron en el mercado de Nicópolis, fué vendida por el soldado á quien pertenecía, por un par de sandalias.

El sultán, léjos de enorgullecerse con tales despo-

jos, negociaba en medio de esos triunfos con el fin de estrechar alianzas pacíficas del otro lado del Danubio. Los polacos, aliados de los húngaros unas veces y otras sus rivales, le parecieron la nacion mas propia para neutralizar, mediante su amistad con los turcos, el poderío creciente de los húngaros que se extendía á beneficio de las afinidades con la Alemania. Bajo este concepto envió embajadores cargados de regalos á Ladislao, rey de Polonia.

Los polacos, oriundos de una de aquellas tribus que emigraron quizás en la noche de los tiempos no históricos, de las alturas de la Tartaria á las estepas casi tan vagas de la Sarmacia, tenian lo mismo que los rusos, los servios, los transilvanios, los esclavones y los croatas, el nombre genérico de eslavos, nombre que significa los *que gritan la guerra*. Este nombre era propio de su genio; pueblo ecuestre, y amigo de una libertad ilimitada, incapaz de descanso y de estabilidad, tan dispuesto á ceder su independencia á un amo por espíritu de faccion, como á recobrarla á fuerza de heroísmo de manos de sus opresores, aficionado á cambiar de gobierno segun el móvil de sus pasiones, viviendo en república, monarquía hereditaria ó monarquía electiva, y reuniendo en estas formas contradictorias las inconstancias peculiares á su carácter, la historia les debe alternativamente admi-



racion y lástima, si bien es cierto tambien que esa nacion conservó en medio de sus vicios políticos la última virtud de los pueblos, el valor que hasta en la servidumbre debe respetarse.

A ese pueblo envió Amurat II una oferta de coalicion con él para contener los dos juntos á los húngaros.

### XXXIII

Ladislao elevado al trono á la edad de diez años para sufrir en él los embates de las facciones opuestas, única política de los polacos, habia accedido fácilmente á la alianza de los otomanos por antipatía contra los húngaros, pero el héroe de estos, Huniade Corvinus, cuyo nacimiento ilegítimo de los amores de Sigismundo con una favorita oculta en los bosques de su capital, conocen ya nuestros lectores, reinaba en soberano sobre sus valientes compatriotas los húngaros por la popularidad de su nombre, y por el esplendor de sus hazañas.

Los húngaros, raza bien heróica, procedente de los

hunos, poseian las virtudes de los polacos sin sus excesos; la sensatez iba junta en ellos con el valor, y el patriotismo con la libertad. Capaces de abnegacion, lo mismo que de afecto, escucharon los sabios consejos de Huniade, que á la sazón Vayvode ó jefe militar de Transilvania, podia aspirar á su trono electivo en aquella época. La estimacion y la victoria se le habrian concedido desde luego, pero Huniade prefirió el papel de salvador de su país, á su ambicion, y temiendo hacer irrealizable con sus pretensiones al imperio la idea de una confederacion defensiva de los estados cristianos del Danubio contra los otomanos, pidió á los húngaros que ofrecieran su corona á Ladislao, ya rey de Polonia y de Bohemia, y que le olvidaran á él para amalgamarse en una sola monarquía con los polacos. Solo se reservó de aquella nacion húngara calmada y fortificada de ese modo, la espada que de antemano su autoridad moral y su genio militar le señalaban.

Las palabras y los regalos de Amurat II de nada sirvieron ante aquella política hábil y patriótica del héroe y del consejero de los húngaros. Huniade aspiraba desde su infancia á ser el Godofredo de Bouillon de una cruzada de la Germania contra aquellos nuevos sarracenos que amenazaban atravesar el Danubio y el Save, como ántes habian atravesado el



Oxo, el Tigris y el Eufrates. Las razas, la religion, la patria, la gloria, la caballería, la noble ambicion que aspiran á la gloria y no al poder, y que mas se honran con ser un Macabeo del cristianismo que un fundador de dinastía húngara, hacian del héroe húngaro el enemigo mas temible de Amurat. Jóven, hermoso, intrépido, elocuente, hijo ilegítimo de un emperador soberano de la Alemania, habiendo tenido que legitimarse por sí solo á fuerza de hazañas, elevado por su mérito y por el favor de su padre presunto el emperador de Alemania Sigismundo, á la dignidad de vayvode ó de general hereditario de aquellos transilvanios aventureros de Alemania, Huniade habia crecido y envejecido combatiendo contra los turcos, y juró que habia de morir rechazándolos hasta el Asia. El terror que de pueblo en pueblo inspiraba á toda la cristiandad la casta de Salónica, la invasion de la Grecia, la posesion de Janina, y el doble destrozo de la Hungría por los hijos de Timurtasch, juntaban en un solo interés defensivo y ofensivo á todos los tronos y á todos los pueblos limítrofes de los otomanos desde Moscou hasta Viena, y desde Viena hasta Venecia. El papa por medio de sus legados, que eran como unos embajadores sagrados que llevaban consigo las bendiciones ó los rayos del cielo á todas las costas del Mediodía ó del Norte, es-

timulaba el celo de los príncipes y de los pueblos. Organizábase contra Amurat II una nueva cruzada, pero esta vez era una cruzada política y militar, cuya alma era la religion, cuyo patriotismo era la razon, y cuyo héroe y director era Huniade.

## XXXIV

La respuesta evasiva del jóven rey de Polonia, que gracias al desinterés de Huniade, era ya rey de Hungría, le quitó al sultan Amurat II las ilusiones de paz que conservaba. En su consecuencia mandó á Ali-Beg, hijo de Evrenos, que sitiara Belgrado, fortaleza que Brankovich habia dado á guardar á los húngaros, ántes de su derrota y cautiverio. Belgrado, ciudad conquistada y reconquistada despues alternativamente en tantas guerras como hubo entre la Europa y los turcos, era á la vez la llave de la Servia, de la Turquía y de la Hungría. Construida á la salida de los desfiladeros del Balkan, al borde de los impenetrables bosques de estas montañas, sobre un terraplen un poco en cuesta que domina la ancha confluencia del Save y del Danubio, estos dos rios, con-



fundidos en uno solo al pié de sus murallas, la forman como un semi-circuito de agua rápida que parece un brazo de mar y no un río. Desde ese terraplen nivelado por la naturaleza en pisos sucesivos que parecen inaccesibles á las escalas de los enemigos, la mirada abarca todas las evoluciones de los ejércitos contrarios en las praderas sin límites en que se pierde el horizonte llano de la Hungría. Por el lado de tierra, las colinas y los promontorios entrecortados de profundas gargantas y cubiertos de encinas á que apenas tocara el hacha de los servios, forman al rededor de las gruesas murallas, otras tantas trincheras defensivas que resguardan la ciudad contra el asalto de los sitiadores. Por el Save y el Danubio que quedan libres, pueden recibir los sitiados víveres, armas y combatientes para reparar el consumo ó las pérdidas de un sitio.

Así era Belgrado, la ciudad que el hijo de Evrenos debía conquistar á su soberano. Seis meses de sitio no pudieron triunfar de la fuerza de la posición y del genio de Huniade, y Ali-Beg tuvo que replegar su ejército, diezmado por el cañon de los húngaros, dejando infestadas las márgenes del Save y las gargantas de Servia, con los cadáveres de sus soldados.

## XXXV

Rechazado el ejército turco por la fuerza de Belgrado, se lanzó sobre la Transilvania para vencer á campo raso y en su propio territorio al héroe transilvano que habia hecho fracasar su empresa sobre el Danubio. Mezig-Beg, antiguo jefe de los turcomanos de Siwas, que en otro tiempo luchó contra el mismo Timur en Asia, y cuyo ardor belicoso no habian podido apagar en su corazón los setenta años de guerras que llevaba, recibió de Amurat el mando del ejército de Transilvania, incendió los campos, dejó sin pobladores los lugares, cortó la cabeza á los jefes, á los obispos, á los sacerdotes, encadenó á las mujeres y á los niños que enviaba á Turquía, y sitió Hermanstadt, capital de la Transilvania. Huniade, seguido por un ejército de polacos, húngaros, bohemios, alemanes y estirios, y de patriotas transilvanios que habian acudido á su voz para salvar á su propio pueblo, cayó sobre el feroz anciano turcomano bajo los muros de Hermanstadt. El viejo guerrero sabiendo muy bien que el lazo de aquella confe-